

«*Leo Los trillizos, el nuevo y fantástico libro del siempre lúcido Valentín Roma. Son unas páginas que se quedarán a vivir conmigo gracias al tono de su voz, irónica pero compasiva, crítica pero amistosa*»



# Familias como la mía

**Enamorarse es una de las cosas** más importantes que nos pueden ocurrir. Enamorarse de una persona que tiene hijos e inventarse una familia todos juntos lo es todavía más. Yo no sabía que lo necesitaba ni que iba a hacerme feliz, tampoco sabía que sería fácil a menudo y en ocasiones difícil, un constante tantear cuál es tu lugar en cada movida que va surgiendo, cómo hacerlo bien. Mi hija(stra) Oli me llama «papá lesbiano», quizá porque mis modales le parecen suaves, propios de una masculinidad que no termina de reconocer como tal, y yo sé que es un elogio y una forma extraña e irónica de cariño, un modo muy adolescente de lidiar con un ente que hace dos años no existía pero ahora convive con ella a diario, le prepara algunas cenas o la acompaña en coche a una convención de anime y cultura coreana.

Yo siento que soy, efectivamente, un poquito su papá y un bastante lesbiano, y darle un beso de buenas noches me reconforta frente a casi todo lo que hay ahí afuera, incluida esa ciénaga de egos que llamamos «cultura» para fingir que no es un negocio más, solo que menos rumboso que las tecnologías o los bienes raíces. Para Oli están su padre (su papá no lesbiano) y la pareja de su padre, estamos Carmen y yo, y ese tejido familiar tan desconchado como bienintencionado la acompaña lo mejor que puede en su camino a la adultez, lo mismo que la ropa oscura o una banda sonora que va de Metrika a los Smiths.

El caso es que criar a los hijos de otros (como decía el título de una película) es una situación muy recurrente para muchos de nosotros desde hace décadas, por lo que resulta raro comprobar que hay pocas novelas que lo reflejen. Lo pienso mientras leo *Los trillizos*, el nuevo y fantástico libro del siempre lúcido Valentín Roma. Son unas páginas que se quedarán a vivir conmigo gracias al tono de su voz, irónica pero compasiva, crítica pero amistosa, cercana y muy divertida. *Los trillizos*

no es solo una novela sobre la paternidad no sanguínea o escogida. De hecho, por suerte, no es una novela «sobre» un tema, ese virus contemporáneo, sino un retrato de un tipo humano (un hombre de origen proletario) en un momento (la última década, su llegada y vivencia de la cincuentena) y un lugar (España, Barcelona). De su mano visitamos el desolador entorno laboral de las empresas pantalla con sus oficinas selváticas y cínicas, los barrios y los pisos mal reformados en los que fingimos no ser pobres, los bares en los que nos dejamos timar a cambio de, otra vez, fingir que no somos pobres.

Sin embargo, ya desde el título, en el centro de *Los trillizos* está el contacto con tres niños perezosos, redonditos e ingeniosos a los que el narrador gana cuando se vincula con la madre, y luego los pierde para siempre al perderla a ella. El pobre se los lleva al parque, viaja con ellos o trata de entreteñerlos mientras mamá no está en casa, y no para de preguntarse cómo demonios ha terminado así, él que nunca quiso hijos, y «si uno puede integrarse en una familia cuando detesta lo que la familia representa, lo que exige, lo que toma de uno descuidadamente». Roma tiene el buen gusto de no contestar, conecedor de que el misterio de la literatura reside en lo que queda abierto, y se despide de su protagonista dejándolo en una jaula vacía, solo, preguntándose (otra vez las preguntas) por qué siempre nos puede el ego, por qué tantas veces negamos tres veces a quienes amamos o nos precedieron.

Pero Oli se acaba de despertar y quiere una napolitana de chocolate. Ya seguiremos más tarde con los libros